

comprende (1). Parece que solo debiera aplicársele el famoso artículo 419 del Código penal que se aplicó á la Union general. ¿Qué dice, pues, este artículo?

Art. 419.—Todos aquellos que, por hechos falsos ó calumniosos esparcidos adrede en el público, por mejoras hechas al precio que pedían los mismos vendedores, *por reunion ó coalición entre los principales detentadores de una misma mercadería ó género, tendiendo á no venderla, ó á no venderla sino por cierto precio*, ó que, por vias ó medios fraudulentos cualesquiera, habrán operado el alza ó la baja del precio de los géneros ó mercaderías ó de los papeles y efectos públicos en más ó en menos de los precios determinados por la competencia natural y libre del comercio, serán castigados con cárcel de un mes á lo menos, de un año á lo más, y una multa de 500 francos á 10 mil francos. Los culpables podrán además, por la sentencia ó fallo, quedar sujetos á la vigilancia de la policía durante dos años á lo menos y cinco años á lo más.

Los lectores inteligentes á quienes, lo digo sin falsa modestia, me he esforzado por enseñar á leer los periódicos, á comprender perfectamente el mecanismo del movimiento contemporáneo, han tenido excelente ocasion de aplicar el

(1) Le *Socialiste* ha indicado exactamente el desórden que tales coaliciones introducen entre los trabajadores y ha consignado al mismo tiempo que la impunidad estaba de antemano asegurada á lo que él llama «la haute pègre.» (a)

«Es la ruina, la quiebra de innumerables pequeños fabricantes ó industriales que no se proveen sino al día y que el escandaloso encarecimiento de la primera materia imposibilita cumplir con los pedidos recibidos y honrar sus compromisos.

«Pero, aunque la sociedad moderna sea hija de la Revolucion de 1789-93 que ahorcaba á los acaparadores; aunque, por otra parte, existan aun en el mas menestral de los Códigos, artículos que prevén y castigan ese género de operaciones, los millonarios que han dado el golpe pueden dormir tranquilos. Es inútil que el Municipio de París invite al gobierno á que use de los poderes que la ley le confiere, no se verán molestados.

«Su hazaña de hoy, como no temen hacerlo escribir, no es por otra parte más que «la repetición mas acentuada quizás, más súbita y más extensa, de las hazañas precedentes casi análogas.» No hay cosa más innegable que esta.

(a) Asociación de ladrones que han dado á la corporacion pruebas de abnegacion y de capacidad (*N. del T.*)

método de análisis que siempre les recomiendo. Esta vez más, han podido ver funcionar el sistema de corrupcion por la Prensa, complemento y doblez del sistema judío que se derrumbaria casi inmediatamente si la Prensa, por sus mismas condiciones de existencia, no estuviera continuamente obligada á contar con el poder del dinero.

«Persiguiendo un fin de vergonzosa especulacion, se agrava todavia más la situacion ya deplorable de los obreros, organizando un alza artificial en el cobre necesario para la industria. Es imposible que esto continúe de esta manera, es preciso interpelar al gobierno y preguntarle qué uso piensa hacer del artículo 419. Esperamos dar mañana pormenores más completos y poner en evidencia esta cuestion.»

De este modo vomitan sapos y rayos los periódicos...

El dia siguiente, abre el lector su periódico, hecha agua su boca, pero nota que se cambió la lista de los platos que debían servirsele. Al rentista acaparador le reemplaza el cura de un pueblo muy distante que, se dice, habia citado en el púlpito una palabra sediciosa de san Agustin repetida por una vieja á otra que la habria trasmitido al adjunto para que éste la repitiera al alcalde. Y preguntan los periódicos republicanos: «¿En que piensan nuestros representantes?»

Las personas, algo maliciosas, comprenden que el caballero ¡Chiton! de quien hablé en la *France juive devant l'opinion*, ha subido temprano en un carruaje y ha dado una vuelta á las redacciones de los periódicos, reclamándoles, con ayuda de argumentos formales, lo que se llama «benévola desatención (1).»

(1) Lo mismo sucede en Austria, porque el caballero ¡Chiton! tiene colegas en todas partes.

La *Gazette de Francfort* escribe con motivo del negocio de las hu leras. «Para terminar, digamos dos palabras acerca del papel de la prensa

El *Matin* aprovecha la ocasión para darnos la hermosa silueta del judío moderno y nos muestra á Lázaro Weiller en su casa. Este judío está condecorado á veinte y seis años, mientras que, después de treinta años de servicios, soldados veteranos han podido apenas obtener la cruz; «recibe en un soberbio gabinete, cubierto enteramente con tapicerías antiguas, adornado con cuadros de maestros y objetos raros cuyo suntuoso lujo y sello artístico asombrarían particularmente, si volvieran á este mundo, los antiguos prácticos de la generación precedente.»

Nuestro hombre tiene por la música las aficiones cocodrilicas de Erlanger; es un rasgo de la raza. «En un ángulo de la habitación, tres conductores telefónicos permiten oír, según se quiere, sin dejar su asiento, sin soltar su cigarro, las representaciones de la Opera, Opera-cómica, ó hasta de la Monnaie de Bruselas. Es el espectáculo en un sillón soñado en otro tiempo por la fantasía de Musset.»

Añadid á este concierto los gemidos de los obreros sin trabajo y de los pequeños amos arruinados por el juego de cobre, llegando (sin teléfono) á ese interior lujoso, y tendreis un hombre perfectamente feliz. Según la frase de Rothschild, citada por Goncourt, el Semita puede gustar la inefable alegría de sentir «millones de cristianos debajo de sus piés.» Por esto Lázaro Weiller es feliz y declara que esta operación es enteramente patriótica. Es, además, un buen republicano; administrador de la *República francesa*, presen-

vienez en este asunto «sintomático.» En pleno Reichsrath un diputado ha designado, sin ambages y declaradamente, á un agente vienés, conocido por ser el medianero de la prensa en todos los negocios de concusión y de corrupción, por haber representado un papel en este asunto. Por esto solo ha habido en Austria un órgano que haya hablado de ese golpe magistral.—*La palabra es plata, el silencio oro.*—En ninguna parte se comprende el valor de este proverbio como en Austria, ese país donde la moneda de oro es soberana, sin distinción de nacionalidad.»

tóse como diputado en los Charentes, donde fué vergonzosamente despedido y acogido en todas partes á los gritos de: «¡Abajo el judío!»

Los *Débats*, el periódico de todos los grandes cinismos, fué el único que tuvo el valor de ser franco.

¿Sabeis como en el periódico de Leon Say llama esta operación M. Leroy-Beaulieu, miembro de la Academia de las ciencias morales y políticas (¡qué moral y que política!) *Una afortunada razzia:*

Y añade: «Será compensada por la ruina de muchísimos *badulaques.*»

Estos son los hombres que se irritan contra los Anarquistas, cuando Tortelier y Tennevin declaran en una reunión pública que el hombre tiene el derecho de hacer lo que le plazca y de apoderarse de lo que le conviene.

Esta razzia, que el diario de los *Débats* censuraria si la llevaran á cabo pobres diablos que se mueren de hambre, la encuentra admirable realizada por millonarios que, imaginando las más inverosímiles fantasías, entregándose á las más locas prodigalidades, no podrian llegar á gastar lo que poseen...

Con todo, conviene felicitar á M. Laur por la pregunta que hizo al ministro de Justicia á propósito de ese acaparamiento de los cobres. Como M. de la Ferrière, tampoco tuvo M. Laur el valor de pronunciar el nombre de Rothschild: toda la izquierda asalariada de los judíos habria protestado; pero no por esto mostró menos, con cierta energía, lo que habia en el fondo de esta operación gigantesca. Esta pieza en colaboración, que se terminará como un drama por todos los obreros y los pequeños industriales, tiene cinco actos como todo buen drama:

1.º La compra en firme del metal, operación que se eleva á 30 ó 40 millones.

- 2.º La compra del metal á plazo, unos 400 millones;
- 3.º La compra eventual de todo el stock de las minas á menos de 60 libras;
- 4.º La especulación sobre el valor de las minas, que representa un capital inferior á mil millones;
- 5.º Y, finalmente, la nueva emision de acciones á favor del alza del cobre.

De esta manera, dice M. Francis Laur, se llega, para los capitales, á poner en movimiento en esta colosal empresa la suma de 1,440,000,000 francos.

No hay cosa más triste que ver la actitud de la derecha en esta circunstancia. ¡Qué ocasion más excelente para ella para mostrar su simpatía á todos los trabajadores franceses, víctimas de la especulación judaica, á los humildes amos que no pueden servir sus pedidos, á los obreros á quienes los modestos dueños se han visto precisados á despedir y que vuelven tristes á su casa para decir á la esposa: «No tengo más trabajo!»

La derecha interrumpe á cada instante al orador y afecta tomar el partido de los acaparadores. Un diputado conservador, Kergarion, dice estas palabras que serian de un malvado sino fueran de un bruto:

«¿Acaso estamos aquí para ocuparnos de las variaciones en el precio de los metales?»

Con la superioridad de un hombre que conoce la cuestion de que habla, no le cuesta trabajo á Laur demostrar que el precio de los metales es una cuestion de defensa nacional.

El mayor inconveniente, dice, el que sobre todo quiero señalaros, es el que resulta de esta especulación para nuestra defensa nacional.

Es innegable que el mercado internacional está intacto aun en algunas de sus partes, particularmente en América; pero, el mercado francés está completamente acaparado, de dos ma-

neras: primero, porque la Sociedad de los metales posee ó ha sindicado unas ocho ó nueve fábricas de once ó doce, y que por consiguiente posee en sus manos casi la provision completa de Francia

En segundo lugar, como en la marina, en la guerra, hay todavía la preocupacion increíble de imponer, exigir, en el cuaderno de las cargas, marcas especiales tales como Walaroo, lac Superieur, Electrolityques, etc., marcas, fuera de las cuales no hay salvacion; como nuestros sábios politécnicos no han querido imponer pura y simplemente condiciones de mayor extension, de resistencia, sin ocuparse en si el metal venía del norte ó del sud, siguese que el que ha acaparado sea los lac Superieur, sea los Electrolityques, por ejemplo, es absolutamente dueño de la marina, de la guerra y de la hacienda. Impone el bueno ó mal cariz en las adjudicaciones, y esto sucede de muchísimos años acá. *Esto explica ciertas fortunas verdaderamente inmensas hechas únicamente sobre las provisiones del Estado.*

La Sociedad de los metales posee tambien la clientela casi exclusiva del Estado; muy pocas personas pueden llegar á hacerse adjudicatarias, á no ser que la Sociedad tenga á bien consentirlo. En efecto, obligado un concurrente á someterse á determinada marca,—el lac Superieur, supongo—si la produccion está toda comprada por la Sociedad de los metales, se le pone en la obligacion de ir á decir humildemente: “Vendédme lac Superieur para cumplir mi en cargo”, y entonces el precio que se le exija puede imposibilitar todo beneficio.

*El acaparamiento de las marcas es pues un hecho,—y debo decirlo aunque me pese—la defensa nacional está por completo en manos de la Sociedad de los metales.*

Esto decíamos nonotros más arriba á propósito de la Banca. La defensa nacional está entera en manos de un judío de Francfort. En tiempo de guerra será muy preciso no obstante que traicione un país cualquiera, que sirva á Alemania en provecho de Francia, ó á Francia en provecho de Alemania...

Más adelante vuelve el orador al mismo asunto y seria lástima no dar tambien esta parte de su discurso, porque sea quizás más leída en un libro que en el *Journal Officiel* é in-

dicará bien á los franceses patriotas lo que debe hacerse el mismo día de la declaracion de guerra.

El Estado, en efecto, es el mayor cliente del mercado del cobre en Francia, porque necesita este metal para forrar los navios, para la fabricacion de los cartuchos, de las cantoneras de las granadas; para la de las monedas, porque tiene igualmente necesidad de sus aleaciones, melchior, laton y otros derivados para sus fabricaciones especiales. Esos pedidos se anotan por millones y millones á precios que quizás susciten algun día muchas reclamaciones.

Pues bien, las sumas enormes que se han gastado por Guerra y Marina cada año serán evidentemente mayores, dobladas á consecuencia del alza de los cobres y se valúan próximamente en 9, ó 10 millones las pérdidas que resultarán para el Estado por efecto de esta especulacion.

El Estado se verá absolutamente obligado á pasar debajo de las horcas caudinas de la Sociedad de los metales, que le dictará la ley, porque tiene en su poder casi todos los medios de produccion y todo el metal. Sólo hay que esperar de su moderacion y prudencia. En efecto, no hay en Francia sino un sólo industrial que no forme parte del sindicato, y ese declara, —es un hombre honrado á carta cabal que realiza los más grandes negocios en cobre, ó que los ha realizado,—y ese declara que está absolutamente á merced del sindicato, que en las adjudicaciones, si se quiere tener á la vista personalmente y tomar provisiones con metal comprado con rebaja, á 125 francos, por ejemplo, mientras que él está obligado á pagarlo al precio de 180 francos, se encuentra imposibilitado para luchar. Espera tambien que el sindicato le dejará vivir.

El mercado italiano que era para él una gran salida, acaba de cerrarse. Está pues cercado por todas partes.

Los obreros inteligentes y los escritores socialistas ven esta situacion muy distintamente (1). Kergarion no sabe lo que se pesca en este asunto. No es hombre ruin, pero no se

(1) Léase sobre este particular en la *Revista socialista* del 15 de febrero, un artículo muy notable y muy instructivo de Benito-Malon.

le alcanza como á la mayoría de los conservadores el funcionamiento de la sociedad presente. No figura entre los parásitos de Rothschild, á lo ménos yo no he hallado su nombre en las descripciones de fiestas; ni siquiera se toman la molestia de invitarle y corromperle con una pechuga; admira cándidamente, desde la calle, todos los esplendores de los palacios de Israel; se indigna cuando se discute el origen de esta fortuna, y dice: «¡Dios mio, cuán buenos son esos hombres con habernos tomado 3 miles de millones!» (1)

Como epilogo á la cuestion de M. Laur consignemos que Fallières tiene buen cuidado de declarar que el artículo 419 no está abolido. La magistratura lo guarda preciosamente, como arma que podria, en un momento dado, como en el asunto de la Union general, servir para aplastar á los *Goym*.

Nada se puede contra monopolios tan sólidamente armados. Es preciso que el Estado capitule, que acepte no solamente los precios que se le piden, sino las provisiones averiadas que se le imponen. En caso de oposicion la judería dispone de un miembro influyente de la izquierda que amenaza al gobierno con su voto y el de su grupo si se suscitan dificultades.

Hace algunos años, M. Hubner, antiguo notable comerciante, arremetió valientemente contra Clemenceau con

(1) A esta conducta de nuestros conservadores partidarios de la Plutocracia judía contra nuestros trabajadores franceses podemos afortunadamente oponer la actitud de algunos diputados del Reichsrath austriaco. «Despues del asunto de las hullas, el presidente del Reichsrath, refiere la *Gazette de Francfort*, mandó llamar á M. Pattai (diputado anti-semita), para conjurarle á no pronunciar más el nombre de Rotschild en el Reichsrath, atendido que todo ataque contra el gran prestamista podria costar millones al Estado. M. Pattai respondió que la prudencia más elemental aconsejaba, al contrario, intimidar al gran explotador de la monarquía, en vez de dejarse intimidar por él.

motivo de los despilfarros del ministerio de la Guerra, acerca de los que el jefe de la extrema izquierda, amigo íntimo de M. Gevelot, había complacientemente hecho la vista gorda en la sub-comisión del presupuesto encargada de examinar el presupuesto de la guerra.

A las acusaciones de M. Hubner, respondió Clemenceau en una reunión pública que los cartuchos de latón eran del año 1870,—lo que era falso,—y, como era dueño de un periódico, acabó por darse aires de tener razón.

Esta historia de los cartuchos de latón es de las más instructivas, muestra maravillosamente hasta que punto es saqueada y vendida nuestra pobre Francia y abandonada por la pandilla de los rentistas.

Tenemos de ella documentos muy completos, cosa rara en estas cuestiones en que los reos piden siempre á los acusadores pruebas formales que es imposible suministrar, porque están en poder de los cómplices, en comisiones ó en ministerios.

El autor del folleto el *Gaspillage du budget de la guerre*, es un negociante en metales, alsaciano muy patriota, republicano, hasta es Franc-Mason, pero pertenece al reducido grupo de Franc-Masones, franceses aun, que se avergüenzan al ver la Masonería hecha el instrumento de Bismarck. Aquellos á quienes ataca pretenderán sin duda que á sus preocupaciones patrióticas se mezcla alguna idea de rivalidad. Lo cierto es que era notable comerciante en metales y minerales y que conoce la materia de que habla.

Resulta evidentemente de los testimonios que aduce que en 1875 no podíamos batirnos.

El cartucho de latón que se había adoptado se deteriora rápidamente, la cubierta se oxida y al cabo de cierto tiempo es incapaz de servir. El alcance del tiro no excede gran cosa de 200 metros, y el término medio de las faltas

y rupturas de estuche era de 15 por 100. La mayoría de los periódicos militares publicaron esta noticia.

M. Thiers, quien, dígase de él lo que se quiera, tenía en lo tocante al ejército la competencia que todo ser inteligente tiene en lo que estudia con afición, era completamente contrario á estos cartuchos, que no se adoptaron hasta después del 24 de mayo, durante el ministerio del general de Barail.

Sin embargo, el ministerio de la guerra sabía á que atenerse acerca de la materia, ya que desde 1868 se habían propuesto estos cartuchos y habían sido desechados á consecuencia de un informe de M. Michel Roux, capitán de artillería, consignando que jamás se podrían constituir aprovisionamientos formales con semejantes cartuchos «porque acciones químicas poderosas obraban para destruir su cubierta.»

Apesar de todo, un sindicato formado por los señores Gevelot, Secrétan, Laveyssière y Rothschild (siempre) impuso aquellos cartuchos.

Y no se habla aquí de rumores vagos, de dichos más ó menos fundados. La mejor prueba de que eran inservibles los tales cartuchos es que después de haber gastado Francia muchos millones para su fabricación, debió pagar otros millones para destruirlos. A fines de 1882 votaba la Cámara un crédito extraordinario y anual de 2.673,323 francos para destruir proporcionalmente la enorme provision de los cartuchos averiados que habían costado centenares de millones.

Hiciéronse esfuerzos por realizar esta operación en cierto modo á escondidas, y se emplearon mujeres y niños en aquel trabajo. Dadas estas condiciones produjéronse explosiones espantosas, en Mont-Valerien, á fines de diciembre de 1882, en Sainte-Adresse, en febrero de 1883, y algo más adelante en Besançon.

Fué tal la emocion producida en el público, dice M. Hubner, por estas espantosas catástrofes, que el ministro de la Guerra debió renunciar á semejante manera de descarga de nuestros cartuchos averiados; hizo dar mayor número de cartuchos para los ejercicios de tiro, é izo establecer soportales, donde los soldados tiraron cartuchos de la mañana á la noche, en cajas llenas de salvado. Varios notaron por cierto este singular trabajo que el ministro de la Guerra no tuvo siquiera la prevision de no mandar hacerlo muy cerca de Niza, á donde constantemente se dirijen tantos extranjeros. Allí los soldados tiran constantemente á las rocas.

Son tan extraordinarias las cantidades de cartuchos descargados de este modo que se valua en 400,000 kilogramos la provision de antiguos cubos vacios existentes en el arsenal de Vincennes. Si en cada una de nuestras divisiones de artillería existen otros tantos, tendríamos la formidable provision de *doce millones* de kilogramos de laton viejo para vender.

Creo que no puede haber dato más significativo para demostrar el mal estado de esos cartuchos que el hecho de su destruccion. Pero lo sorprendente es que no haya habido ni un solo diputado en la Cámara que se haya levantado para decir: «El señor de Rothschild ha ganado dinero con los cartuchos inservibles, encárguese él á lo menos de pagar su destruccion. Para él es una bagatela, y creo que le parecerá muy sencillo no permitir que nuestros desgraciados electores carguen con el muerto.»

Francamente, el incorruptible y austero Clemenceau habria podido perfectamente usar semejante lenguaje, pero ni dijo esta boca es mia. Si desde entonces hubiese indicado en la tribuna las operaciones en que andaba mezclado M. Secrétan, habria impedido quizás el reciente acaparamiento de los cobres que tan onerosamente ha pesado sobre el trabajo de obreros electores de M. Clemenceau.

La verdad es que todos los políticos, por fas ó por nefas, están absolutamente en manos de la Judería. Al revelar M. Hubner todos estos hechos, ¿tuvo una segunda inten-

cion personal? No tengo ningun motivo para suponerlo; no he sido su confesor, y, en su cualidad de Franc-Mason, me temo que no se confiesa con nadie. Lo evidente es que es un especialista que trata una cuestion que conoce á fondo y que su folleto, publicado en 1885 y que aun está por contestar, es un verdadero servicio hecho al país, porque contiene datos los más inauditos acerca del modo como son devorados nuestros miles de millones por una gavilla de estafadores.

Merced á nuestra magistratura que falta cínicamente á su deber, no aplicando jamás el artículo 419 acerca de los acaparamientos, ni el artículo 412 acerca de las inteligencias en los mercados, se saquea el Erario por medio de coaliciones é intrigas sin nombre en los Diccionarios.

El mismo industrial que vendia corrientemente el mejor laton á la industria privada á 150 francos y hasta 140 francos, facturaba el laton para cartuchos á 225 francos, ó sea con 50 por 100 de exceso.

A fuerza de influencias consiguió un competidor abrir brecha al monopolio de los Rothschild y fué admitido, no á proponer pues que no habia adjudicacion pública, sino á obtener un pedido; la sociedad de los metales Laveyssière, Secrétan, Rothschild, debió consentir en aceptar el precio de 175 y hasta más adelante de 170 francos en lugar de 225 francos.

Así pues, escribe tambien M. Hubner, el hecho de la introduccion del honorable latonero antes citado, al lado de los antiguos proveedores privilegiados, pudo hacer disminuir el precio del laton para cartuchos en 45 francos por 100 kilogramos ó sea más de 25 por 100, sin que en dicha época bajara el cobre en bruto.

La desviacion entre el precio del laton para cartuchos 170 francos y el del laton para la industria, 135 francos, encontrábase reducida de este modo á 35 francos. Jamás debiera de

haber sido tan grande si el general du Barail y sus sucesores hubiesen obrado como debieran haberlo hecho, á favor de los intereses del Erario y de los del país.

Calculando las provisiones de laton que debió comprar el ministro de la Guerra desde 1873, puede con certeza valuarse en *más de cien millones* de francos la cantidad que se hubiese ahorrado subastándose públicamente esas provisiones de laton (1).

Fácilmente se adivina qué propinas habrá detrás de esos lucros fabulosos, de esa incuria voluntaria del ministerio y de las Cámaras. Así se explica como se levantan casi instantáneamente las fortunas colosales, las fortunas malditas fundadas en la ruina de la Patria. Uno de los que habla M. Hubner, uno de esos Mandrines (2) que, segun dice Aureliano Scholl, viven sobre los cartuchos, veíase, pocos años há, forzado á entrar en arreglos con sus acreedores; ahora deslumbra á París con su lujo y Alberto Wolff le cubre de flores.

Una vez más repetimos que nadie quiere ocuparse públicamente en estas cuestiones. «¡Infamia! dice á M. Hubner, M. Casimiro Périer. Todos esos hombres merecerian ser fusilados.» Pero no intenta el menor esfuerzo para hacer castigar esas infamias....

Los rentistas á quienes podria fastidiar el Tribunal de cuentas, entran, merced á su fortuna, en la misma familia de los encargados de fiscalizarlos. M. Secrétan á casado su segunda hija con el hijo de M. Bethmont, primer presidente del Tribunal de cuentas. Si se generalizaran estas costumbres, simplificariase mucho la comprobacion de los presupuestos

(1) Véanse también en el folleto de M. Hubner curiosos pormenores acerca del acaparamiento del nickel por una fábrica fundada en Alemania por M. de Rothschild previendo la adopción de la moneda de nickel.

(2) Alude al famoso jefe de bandidos, Mandrin, terror del Delphinado, á mediados del siglo pasado. (N. del T).

de cada ministerio; hariase en familia, al amor de la lumbré. Cuando faltara un documento de contabilidad, el hijo diria: «Veamos, suegro, no os molesteis. Dadnos una taza de thé y hablemos de otra cosa.»

Obsérvese que M. Bethmont no tenia ilusiones acerca de las provisiones del ministerio de la Guerra, porque con fecha del 21 de setiembre de 1885, hacia insertar en el *Journal Officiel* un informe consignando el desorden de la contabilidad de ese ministerio en 1882.

Si hubiese habido malversaciones en él, se confesará que el mas elemental deber de los magistrados era condenar á sus autores; sin duda encontrarán más sencillo condenarme á mi mismo, por haber averiguado la criminal ligereza con que se despilfarra ese dinero que los contribuyentes no consiguen entregar al estado sino estrujándose por completo.

Por otra parte, semejante resultado estaria en la lógica actual. Erlanger roba, el coronel Noirtin es el castigado; Wilson vende la condecoracion, el censurado es el juez de instruccion. Los proveedores militares han suministrado cartuchos inservibles y vereis como yo seré el condenado á la cárcel y á la multa.....

La comision de informacion se ha sorprendido de esos escándalos; pero, verosimilmente, deberá concretarse á gemidos platónicos. Ciertamente que el general de Frescheville, encargado del informe acerca de esta cuestion, es no solo un buen patriota, sino un francés á la antigua, muy prudente y muy sutil; distingue perfectamente el riesgo que esos acaparamientos hacen correr al país; pero ¿qué va á hacerse con un gobierno como el nuestro?: «Hay decisiones del Tribunal de casacion que declaran perfectamente legítimas estas empresas,» le afirman sus colegas, que conocen los txtos.

La fuerza de los judíos está en no proceder ya como en otros tiempos, por delitos aislados; han fundado un sistema donde todo está enlazado, que abraza todo el país, provisto de todos los órganos necesarios para funcionar, han fortificado los puntos en los que se les podía coger, han modificado sin estrépito las leyes que les molestaban ú obtenido decisiones que paralizan la acción de estas leyes; han sometido la prensa al capital de modo que se la imposibilite hablar.

Se combinan las operaciones más odiosas de manera que se libren de toda represión; son de doble escape, y me asombró la perspicacia con que el general de Frescheville, con el solo auxilio de su buen sentido, había comprendido su mecanismo.

Ni es siquiera un obstáculo la adjudicación pública. Los judíos ó sus afiliados acaparan un producto especial del cobre de tal ó cual origen, de telas de tal especie, hasta esponjas de cierta procedencia, porque parece que han hecho una operación muy curiosa en esponjas. De golpe el ministro ó, á veces, sin que el ministro se dé cuenta de ello, el hombre vendido á la Judería en un ministerio, hace una adjudicación en la que pide, en un plazo muy corto una inmensa cantidad de ese cobre, de esas telas, de esas esponjas especiales. El acaparador es naturalmente el único que puede presentarse, y exige un precio tan alto como quiere, pero, de hecho, no priva á nadie que se presente. ¡Viva la libertad! os dirá, Leroy Beaulieu.....

La indiferencia en este punto es general. Más aún; muchos conservadores no aprueban que se critiquen las fortunas monstruosas hechas de este modo. Para ellos la riqueza, por impuro que sea su origen, es digna de respeto; es una virtud, una nobleza, casi un dogma que no puede atacarse.

¡Qué dulce alegría se apodera de vosotros cuando esos hombres os dicen que son monarquistas! Ni siquiera tienen la menor idea de lo que era la Monarquía; ignoran más las tradiciones y los principios de la antigua Monarquía que los revolucionarios inteligentes que, á lo ménos, han leído la historia.

Descansaba la Monarquía en la idea de justicia que desconocen por completo los conservadores quienes consideran como un crimen atacar á un hombre que tiene un palacio, un castillo regio, montes abundantes en caza. Si la antigua Francia fué grande, no obstante, débese á que se castigaba en ella sin compasión á todos los concusionarios y á todos los traidores, por elevada que fuera su posición, por más que llevaran corona ducal ó que fueran mariscales, es decir primos del rey.

«¡Es un proceso ridículo!» exclamaba el mariscal de Marillac. No se trata en mi asunto sino de heno, paja, piedra y cal!» Richelieu opinaba que las piedras tienen su utilidad para construir fortalezas; conceptuaba que para hacer la guerra se necesita caballería y que, para tener caballería, es necesario alimentar los caballos, y, gracias al cardenal-duque, el mariscal que había metido el heno de los caballos en sus haces tuvo la cabeza cortada en Grève.

Clemenceau diría al culpable en semejante caso: «Me callaré, pero tomad algunas acciones de la *Justice!*» y los conservadores gritarian: «No se discuten las cuentas de un hombre bastante rico para dar fiestas.»

Por lo tocante á Bethmont, si fuera llamado á juzgar á Marillac, habríale dicho: «Caballero, vuestra conducta es abominable, habeis comprometido la defensa del país para aumentar vuestra fortuna: esto es un verdadero crimen contra la Pátria; por lo tanto no os admire si tengo la honra de pedir os para mi hijo la mano de vuestra hija.»